

EL PUNTERO DE ATENCIÓN Y EL CANTO INFANTIL EDUCATIVO ANÁLISIS Y DOCUMENTOS EDUCATIVOS

PABLO BENSAYA, bensaya@gmail.com, presencias@hotmail.com

INTERNET, presencias.net, R. ARGENTINA, JUN-2018

ORIGINAL

Desde los cantos infantiles educativos podemos llegar a ejercitar y conmover la atención del niño eficazmente. Están dados todos los ingredientes para ello, falta que comprendamos que se trata de uno de los caminos más idóneos para alcanzar el objetivo

Mucho se habla en el mundo, de la atención. De su decisiva importancia y participación en los procesos cognitivos. Pero no se ven acabadas muestras de un hacer concreto relacionado con la envergadura del enunciado. Si tan trascendente es, ¿a qué se debe que en nuestras escuelas y hogares no dispongamos de una batería racional de ejercitaciones y dinámicas para aplicar con los pequeños? La respuesta, aunque moleste, es más que evidente: no la tenemos. En cambio, poseemos miles de analistas, intelectuales, profesores, neurocientíficos, filósofos, consejeros, locutores de radio, gente del espectáculo, jugadores de fútbol, y hay mucho más, que afirman categóricamente que la atención es fundamental para realizar cualquier actividad y que la aconsejan especialmente, por otro lado, y en general, también advierten severamente que la juventud de hoy "no presta atención, se dispersa". Todos lo sabemos pero no aportamos un ápice de la solución. El recurrente principismo humano.

Por momentos es tal el desconcierto que pareciera aun enraizarse el desatino conceptual en personas de buena formación, y las observamos como si perdieran el sentido de la ubicación intelectual frente al tema sumándose al infinito coro de improvisadores. La atención no puede fabricarse, es patrimonio evolutivo, venimos con ella, como el caminar, comer, dormir o reproducirnos. Puede mejorarse, ejercitarse, alargarse, acortarse, profundizarse (dentro de cierto margen). Pero no podemos construir atención, eso ya se hizo, está escrito en nuestra herencia. No podemos enseñar a caminar pero no vendrá nada mal que retiremos la alfombra para que el novato no se caiga allí. No podemos enseñar a comer pero sí a mejorar el proceso de la masticación, la calidad alimentaria y la posición al sentarse. Esto quiere decir que nuestros niños son atentos de por sí. Pero esa atención puede virar y cristalizarse en varios puntos de la escala. Si dejamos que un niño coma como le viene en ganas tendremos más de una sorpresa y no precisamente de las agradables. La cultura puede no coincidir con natura en las líneas que esta ha trazado. Es claro que en el caminar probablemente es donde encontremos la mayor coincidencia de todas ya que el caminar cultural y el natural son casi idénticos, pero no ocurre lo mismo con el comer, allí las diferencias pueden ser abismales lo mismo que en el dormir o en la actividad sexual. La atención como proyecto de la naturaleza también tiene lo suyo. El hombre es una criatura de extrema atención porque las acechanzas eran copiosas en cantidad y calidad. Su cerebro está habituado al sobresalto y a estar pendiente de lo inesperado. Transitado así por millones de años (el anterior también era hombre) indica que somos especialistas en prestar atención, dudarle es perder tiempo innecesariamente. El homo sapiens está muy lejos de ser un disperso. Pero el rango es ancho y terminada la lucha podría relajarse un poco. Por otro lado, si bien el sistema atencional es uno solo, nuestra idea actual de la atención no está en línea con lo que nos somete sino con lo que necesitamos como seres eficaces, la masilla es

la misma pero la figura no. En un sentido muy amplio, y con las debidas licencias, podríamos decir que pasado el temor debemos crear. Y para hacerlo son requeridas líneas más sutiles de la atención. Una de las labores de la educación es la de conducir, elevar y fortalecer el proceso de la atención para utilidad de su portador y de la sociedad. Damos por sentado que no se objeta ese presupuesto educativo, hay escuelas que sí lo hacen y para las cuales este tipo de documentos carece de importancia, a la recíproca.

Las personas traemos desde la cuna la predisposición a prestar atención, es un bien genético, así fuimos diseñados. En mayor o menor medida todos tenemos una buena dosis de atención cuando la urgencia así lo amerita. Fuera de lo inminente, las cosas no son tan directas. Existe el abanico de atención más grande que podamos imaginar. Desde seres que pueden concentrarse en un punto durante tiempos prolongados hasta quienes no logran posarse en un ítem determinado por más de un par de segundos. El trastorno de atención o de "la" atención está a la orden del día. Pasa, sin duda, por su momento de gloria. Más allá de que podamos ubicar la carencia de atención dentro de un universo de alteraciones neurobiológicas, la pregunta es qué hacemos para mejorar los valores de atención de la población toda. No es normal que si es tan importante solo le dediquemos esfuerzo a quienes presentan disfunciones genéticas de la atención, ¿y el resto?, ¿y aún quienes poseen dificultades manifiestas? Enojarse con la realidad es un pésimo camino que solo logra profundizar la nada en la que estamos inmersos.

No hacemos casi nada por nuestros niños en materia de atención. Si alguien posee documentación contraria le agradeceré que sea publicada, la desconozco por una razón simple: no la veo reflejada en la sociedad, y eso es inapelable.

Es común, he sido mil veces testigo, que a los niños se los rete por no prestar atención. "Eres el desatento de siempre", dice la madre; "Juan, no sé qué voy a hacer contigo si no me prestas atención", recrimina la maestra. Todo es queja y tono subido en concepto y en volumen. Recuerdo haberme ganado varios coscorriones en la cabeza por no prestarle atención a "la lechuza", una vieja profesora de música de tercer grado.

Nadie te decía el cómo. Fuera de los escritores que tienen remedio para todo, no aparecen líneas claras respecto de qué deberíamos hacer para mejorar nuestra capacidad de concentración. Se alude al modo de vida moderno como el elemento básicamente dispensor. Y es probable que ello preste contribución al galimatías pero no es ni por asomo el germen del problema. No hay germen cuando la motivación es la adecuada. Y en un mundo tan parcializado por los intereses de los diversos grupos es fácil estar desmotivado. El ser humano siente atávicamente muchas cosas que no ve como bandera en la sociedad, sí, todos las sentimos pero el sistema no lo convalida. Y no creo que se trate de mano negra, simplemente así resultaron las cosas. Podemos ponerlo en términos más infantiles para realizar una comprensión útil: los humanos queremos jugar y viene otro que nos obliga a postergar esos momentos. Esa es la idea. Carece de importancia de cuánta realidad en términos de verdad presente lo dicho, ocurre de esa manera y es suficiente. Una realidad es verdadera cuando actuando sobre ella se obtiene el resultado deseado como si se hubiera tratado de una verdad acreditada, transitivamente lo es y educativamente zanja la cuestión.

Sabemos que debemos tener niños que presten atención, digamos, una adecuada atención. Ampliemos primeramente el punto en sí. Con atención aprendemos contenidos con mayor facilidad y eficacia. El agotamiento podría ser desde menos a no existir. Como contrapartida, un observable claro es que la fatiga cerebral aparece no bien el desatento pretende concentrarse. Resolvemos problemas con grados de precisión mayores y en general con mejor razón de profundidad. Estamos en condiciones de realizar obras de largo aliento aun aquellas que demoran décadas en producirse. El desatento tiene pocas cartas de triunfo, casi siempre es la misma: el talento. Tampoco podemos mentir, si una persona es severamente desatenta pero muy talentosa, ese talento suele cubrir el espacio que no ocupa la atención. Tristísimo. Porque además de pocos hay sufrimiento allí. Si todos fuéramos como el gran Leonardo, este escrito sería interesante como papel higiénico. Pero estamos años luz de semejante proeza. No está dada la cosa en esos términos. Lo sabemos pero viene bien jugar un poco con las figuras para ponernos decididamente en situación comprensiva.

El niño se sienta en su banca en la escuela y recibe un cúmulo de datos y estímulos diversos para realizar tal o cual operación o tarea. En rigor, está a la deriva en términos de atención, no ha hecho jamás ejercicios específicos para su mejoramiento, depende solo de su lazo con natura. Solo ver escrito esto y se me revuelve el estómago. Un niño solo, abandonado a la naturaleza, y a su naturaleza, dentro de una sociedad especializada en fagocitar la atención. La pregunta es para qué forzar tanto la cuerda de lo natural si nos estamos dando cuenta que la hora actual la tira con fuerza de mil demonios. Millones no logran soportarlo y muchos más se avecinan si no cambiamos nuestra estructural forma de enseñar.

Dijimos que en la motivación radicaba una de la claves. Pero no es menos cierto que se requieren trabajos prácticos dirigidos al problema central de la atención. ¿Por qué? Bien por la pregunta. Porque la era moderna, lo que viene galopando desde hace un siglo, por dar una referencia válida, fue tan veloz que desubicó los mecanismos naturales de una atención que actuaba más lentamente o tal vez con menor cantidad de objetos dispersivos. También podríamos volver a insistir en que las motivaciones generales de la sociedad no son las del individuo observado más íntimamente, más sencillamente. Como valor de afirmación podríamos decir que parte sustancial de los humanos no hacemos lo que deseamos sino lo que nos tocó en suerte. Luego vendrán las pamplinas de agradecer la chatarra, no es este el sitio para eso. Por más que una persona agradezca, lo que no le agrada porque da de comer a su familia, sigue sin agradecerle. Es lo que nos interesa.

Mil caminos para la dispersión. Pero de grandes podemos darnos algunos lujos, por ser elegante en la apreciación. El tema es qué se hace con los niños. La falta de atención es como comer con la boca cosida. Nada bueno sacamos de ello.

En concreto, ¿se puede hacer algo? Claro, esa es la idea. Ya desde la madre con el niño por llegar puede trabajarse. ¿Camino? Música. No esperaba otra respuesta mi lector. Siempre llega la caballería. El punto está en comenzar lo antes posible, y, como dice la humorada, si es antes, mejor.

Tantas veces hemos mencionado y fundamentado, en tiempo y forma, que los cantos infantiles educativos portaban varias líneas de utilidad para el niño (es para todos pero aquí estamos dando una valoración restrictiva). Las más expuestas tienen que ver con el tema mismo del canto, algo que hable de triángulos es precisamente para elevar conocimientos en ese sentido, es lineal. O si realizamos una dinámica de canguro para el movimiento de las piernas, todos lo entendemos, no hay que inferir nada, es bien directo. Pero los cantos poseen dos, entre otros pero son los que siempre jerarquizo, vías especiales para el mejoramiento de la memoria a corto plazo y el puntero de atención. Antes de seguir, aclaremos lo del puntero. Cada cual lo llamará conforme sepa o rece su escuela. Yo opto por tal denominación porque educo, y en educación las figuras además de precisas deben ser claras. Nada más simple y claro que hablar de "puntero de atención". ¿Qué importa de ello? Todo. Puntero es lo que está en punta pero algo más importante aún es que no puede estar en otra parte con la misma intensidad de presencia. La atención es como un gran cono de sombra, en tanto que el puntero es un spot luminoso que alumbró con un haz exacto una región determinada del cono. La idea es que el spot ilumine todo el tiempo que sea necesario y que cambie a las posiciones que le indiquemos conscientemente, por cuestiones de conveniencia, y no que posea movimientos autónomos salidos de la ansiedad o de la inestabilidad emocional. Ahora nos entendemos mejor. La naturaleza diseñó eso, es evidente que hay una enseñanza en ello: si pretendemos iluminar varias regiones terminamos no iluminando ninguna. Lo conocemos como desatención o como esté de moda llamarlo. La desatención crónica es un modo de la atención, según mi criterio, y así se acostumbra el cerebro cuando es recurrente, con la tragedia que ello implica.

Así que el canto infantil educativo lo entendemos en dos grandes sentidos: datos y cerebro. Está bien esa esquematización, ayuda a ubicarse. Los datos son los conocimientos de carácter explícito y el cerebro la zona para la ejercitación de la memoria a corto plazo, que aquí solo mencionamos, y el puntero de atención, objeto de este escrito.

Con los cantos tenemos varias maneras de ejercitar el puntero, que, dicho sea de paso, no se mueve externamente por deseos sino con realidades. De por sí un canto infantil educativo provee estímulo natural para la concentración: pendiente de un texto que viene o de un interludio, esperando dos acordes que resaltan... Una dinámica directa es hacer reconocimiento de objetos: ¡escuchen ese cencerro de la percusión! Como los cantos están contruidos para que todos sus objetos queden expuestos claramente, esto se podrá realizar con soltura y aún con niños pequeñísimos. Recordemos que los planos Melodía - Armonía - Percusión (cuando la hay) se hallan sumamente diferenciados y ello es base sólida para nuestro trabajo. Otra de las líneas a seguir es la de la "banda verde" (a veces la llamo así) o melodía escondida. Consiste en trabajar del modo siguiente: dar a la melodía los valores 50-50 para volumen y velocidad y bajarla una octava; silenciar la intro e interludios. Esto es interesantísimo, comienza la obra con acompañamiento y de golpe muy en el fondo y atractivamente, por su posición en el espectro de alturas, emerge la melodía y francamente obliga a extremar la atención, con el correr de la sesión se nota palmariamente que los niños se entretienen acertando en dónde se halla la melodía que se oculta tras el tiempo de interludio y reaparece generalmente uno o dos compases después de su entrada formal. Esto es ejercitación concreta. Ahí el puntero se mueve, y además lo hace a voluntad externa. Un segundo ejercicio, de los grandes, es turnar con la melodía normal cada, digamos, dos compases a veces cada tres y también arbitrariamente, por eso la melodía no debe ser

alterada para hacer de escondida sino copiada, necesitamos las dos. Obsérvese que esto mismo no puede hacerse ni con obras que no estén en midi ni con las que sí lo están pero que no cumplen con las normas de los cantos infantiles educativos, lo remarco para que veamos que la base estructural que proponen los cantos la necesitamos absolutamente. Solo hace falta un secuenciador para trabajar cómodamente, allí verá la realidad de lo que decimos. Pruebe con usted mismo la ejercitación inmediata anterior, advertirá cómo el mismo sistema lo obliga a estar pendiente. Imagínelo actuando regularmente como un juego, que, finalmente, lo es, en el mundo del niño. Pero esto es solo una parte de las ejercitaciones. El solo hecho de trabajar periódicamente cantos tan severos alienta el movimiento desde lo externo del puntero, tal vez con menor intensidad que con la ejercitación pero lo mueve y lo hace de modo ostensible. La música toda mueve el puntero por si alguien no está entendiendo el meollo de la cuestión, la diferencia es que con los cantos infantiles educativos además de un movimiento más profundo podemos recrear el material a voluntad y con conocimientos útiles para el niño. Acá no tenemos que estar atenuando bajos o modificando las alturas porque los niños se ahogan, todo está concebido para ellos, las temáticas, los timbres puros y expuestos, las rítmicas, absolutamente todo. Usted abre un midi (de estos) y es un universo no mezquino, aparecen las voces ordenadas, con sus respectivos nombres y canales, sin restricción alguna, listo para trabajar con el proyecto. ¿Le parece poco?

Las intercalaciones en la participación constituyen otra rica fuente de ejercitación de la atención. Se toma una estrofa de cuatro líneas, por ejemplo, y se divide el aula en dos grupos, cada uno cantará alternativamente una línea. Se puede llegar a extremos notables con esta técnica, hasta pares de palabras y aún con una sola. El "truco" está en no cansar la confianza de los niños, debe resultarles atractivo pero no difícil. Un trabajo excelente para madre e hijo consisten en cantar la canción intercalando unidades de sentido, generalmente es entre una y cuatro palabras. Por ejemplo, "Venía el gato por el viejo sendero", uno puede cantar las tres primeras palabras y el otro las cuatro restantes y, cada tanto, con indicación de por medio, un intento de intercalar palabra por palabra. Esto sí eleva la atención del niño, los resultados positivos no tardaran en hacerse visibles si la madre persiste en las prácticas. Operativamente, aplicable a todos los casos de dos personas, la madre tendrá en su dispositivo móvil un set de cantos infantiles educativos (ocupan poquísimos espacio y suenan en todos los aparatos) y realizará las ejercitaciones acompañándose con ellos, nada deberá cambiar porque ya están en las tonalidades requeridas, un play y listo. Lo óptimo sería disponer de una aplicación para karaoke (las hay y freeware, cuestión de buscar un poco), de ese modo se abre con ella el midi y se ve la letra de la canción evolucionar en conjunto con la melodía; lo mejor es hacer todo esto con una tablet, por comodidad, portabilidad y potencia de los sistemas operativos. Las intercalaciones son de primer nivel para el proceso de mejora de la atención y, curiosamente, siempre fueron mal vistas en occidente. El alegato suele ser tan burdo como insólito, se dice que la fragmentación evita la comprensión global del material. Como si lo fragmentario fuera el centro y único camino; primero aprendemos el canto como es debido y en una de tantas dinámicas y variantes proponemos la fragmentación, no hay parcialidad ninguna allí, los niños ya conocen el total. Decididamente de bárbaros, pero con tantos años de experiencia yo agrego que es solo de vagos, gente que no quiere realizar el trabajo de preparar las obras con más detalle, y en estos casos ni siquiera hay que llegar a eso, se trata de juegos que en un rato suenan a la perfección, además, estamos persiguiendo el entrenamiento de la atención.

El puntero natural salta velozmente de un lugar a otro como abeja entre las flores, su capacidad es increíble. Cuando escuchamos una canción y creemos estar prestándole atención, en realidad no podemos prestársela al todo a un mismo tiempo. Volvamos al cono de sombra. La canción suena y es la sombra, el puntero de atención va recorriendo la melodía iluminando cada tramo. Idealmente observado, pero en principio es así. Por un lado, si el puntero no estuviera resueltamente posándose nota a nota de la melodía no podríamos estar escuchándola, o cantándola, en primer plano y, por el otro, si no hubiera una atención en segundo plano, el cono de sombra, no podríamos percibir el acompañamiento. Y como esto funciona siempre así, sea lo que sea, el entrenamiento sobre un terreno actúa sobre todos los terrenos, si nos ejercitamos con algo tan directo, placentero y conocido por los niños, como una canción, ello nos servirá para cualquier otra cosa referida a la atención, el estudio, por ejemplo. Concretamente, la atención es una sola. Si queremos ponerlo en términos matemáticos, es una función cuyos parámetros son las diversas situaciones en las que debemos colocarla. En la audición de una canción el puntero puede llegar a saltar mucho, esto depende de cuántas tentaciones encuentre a su paso, si el camino está plagado de atractivos reemplazantes, su salto los acompañará, sin lugar a dudas, si, en cambio, los atractivos son sucesivos, se mantendrá erguido y "atento" pero sin mayor sobresalto. Por eso es importante en el canto infantil educativo, por hecho, no como consejo, ser parco a la hora de colocar material dispersivo. Muchas veces conviene porque ayuda aún más a la concentración (sería muy extenso aquí entrar en esta cuestión) y otras tantas genera meras dispersiones que no colaboran con la atención, tampoco estamos haciendo una procesión de fe porque, lo dijimos, no todo va en un mismo y único sentido, tal vez lo que en un caso no sea bueno para la atención sí lo sea para la memoria de corto plazo o para la adquisición del doteo. Pretendemos llegar al niño de varios modos y con diversos mensajes, sería un milagro que todos los caminos fueran idóneos para la totalidad de los objetivos, pero un milagro no deseado, buscamos otra cosa.

Una macro idea que debe guiarnos es la siguiente. Pero aclaremos que no hay que entenderlo en general, solo nos referimos al trabajo del puntero. Tomemos un canto apto para el trabajo, pretendemos que el niño mantenga el mayor tiempo posible su atención en la melodía. Un camino, el habitual, y el que nos marca la naturaleza, es el canto mismo porque mientras el niño canta su factor de dispersión es netamente menor, puede haber sombras y las habrá seguramente pero el canto requiere básicamente un tipo de atención que si bien acepta figuras de dispersión, estar pensando en el almuerzo, por ejemplo, las toma en tiempo dividido y con poca nitidez. En la medida en que el canto subyuga realmente al niño, su atención es más intensa. Es natural, si la temática le agrada, si hay un giro melódico que espera con ansias, si existe un pie rítmico que lo seduce, todo cuenta. Es el rumbo que trazó la evolución, el canto posee muchos beneficios, esto es más que evidente y claro para personas que razonan mínimamente, uno de ellos es el de bloquear múltiples señales a la hora de su realización. Sí, ocurre también con otras cosas, pero hace millones de años no había todo lo que hay hoy. La naturaleza optó desde el primer momento por la música como la entrenadora cerebral, es una de mis hipótesis mayores, y aquí precisamente damos cuenta de una de esas facetas. Todo lo dicho responde con creces y detalles a la pregunta, ¿por qué al momento de requerirse un mejoramiento cerebral aparece siempre la música con sus recursos nítidos y listos para la faena? Recuérdelo, estimado lector, en los comienzos de los tiempos solo teníamos eso, es más que suficiente

la música pero remarquémoslo porque de lo contrario nos perdemos en los órdenes de importancia. No podemos cambiar genéticamente en un puñado de generaciones ni en un par de miles de años. Somos hoy lo que éramos en Egipto. Perder esto de vista es arruinar el sentido educativo mayúsculo que posee la música. Lo que puede darse con otros entrenamientos es brillo y también, por qué no, eficacia pero jamás podrá obtenerse el profundo (léase bien esta palabra) resultado que con la música. Y perdón que agregue algo molesto, si la neurociencia aún no lo afirma sustantivamente no es porque no sea cierto sino porque le falta asesoramiento, con solo leer varios materiales al respecto puede advertirse la pobreza conceptual cuando se refieren a la música. Esto ocurre seguramente porque se consultan así mismos creyendo que es sencillo inquirirse sobre ella, mientras que deberían convocar a miles de profesionales de envergadura que les aportarían una visión completamente diferente. Eso es, y aquí me detengo en el asunto, una mezcla de vanidad y falta de dinero (falta quiere decir "me quedo con más"). El educador que va de la mano de la música, seriamente, pensando por sí mismo y no dejándose arrastrar como un pobre borrego, tendrá a su disposición la herramienta más notable de todas. Vendrá luego el cómo. En eso estamos.

El cono de sombra es magnífico para dar ejemplos, desde que lo concebí lo vengo empleando con éxito, realmente me ha clarificado. Pero tiene una desventaja: su forma. Propone un escenario amplio, extendido, con superficie. Es decir, propone espacio. Y el puntero no se desarrolla en el espacio sino en el tiempo. Navega en el tiempo y su especialidad es esa. Recorre a tal velocidad los objetos que parece estar con la misma intensidad en varios lados al mismo tiempo, es el oficio (pensemos en la vista). Aquí su formato no es el de un cono y de esa manera no lo entenderíamos tan sencillamente. El puntero en el tiempo es como una pila de objetos, como una pila de platos que flotan. El puntero recorre verticalmente los objetos porque son sucesos que ocurren en el mismo instante, ahora la forma es la de un cilindro. El primer plato es el puntero en su máxima expresión y sucesivamente los órdenes de menor importancia. En cada segundo, por caso, el ordenamiento es diferente. En cortes mayores, digamos, veinte segundos, las curvas son estables si hay atención, son inestablemente azarosas si la dispersión es importante, pero siempre dentro de un universo conocido por el cerebro, delira y salta con objetos que conoce reiteradamente, es como un crónico objetual, quiero decir que no se le da por objetos resueltamente nuevos, es redundante: concentradamente desconcentrado. Cuando decimos que alguien puede concentrarse tres minutos, estamos planteando básicamente, y esto no quiere decir que lo ideal no pudiera ocurrir, aunque ello no parece tener un mérito especial, que estadísticamente el objeto de mucho mayor aparición es el objeto de marras. Así, si el objeto de atención era el partido de tenis, en los, supongamos, diez platos que aparecen en las curvas (el hijo que dejó la escuela; el vendedor de gaseosa; recuerdo de la rubia del barrio; pagar la factura de luz; etc.) el de mucho mayor presencia (debe ser mucho más) es el partido de tenis, es decir, hay atención. El puntero monitorea (estupenda palabra para él) y escanea el ambiente, lo repasa, lo revisa, una de sus funciones es informar qué pasa por ahí mientras tan concentradamente escribimos, por ejemplo, en este momento tengo la sensación de una fuerte concentración sobre el texto pero cada tanto llegan los sonidos de unos perros y de una lejana radio del vecino. El puntero es un éxito rotundo del plan de la vida, su diseño es único, como podemos apreciar. De hecho, lo hemos copiado en decenas de realizaciones, cámara de video, micrófono, la luz misma se comporta así. Allí un redondeo interesante del funcionamiento.

Desde luego que el puntero sabe cómo hacerlo, en eso nos anclamos, no somos dioses originales sino súbditos que se mueven dentro de ciertos límites. No le enseñamos el cómo sino el cuándo y solo a veces. Si siempre le enseñáramos el cuándo seríamos fácil presa de la tragedia evitable. El puntero es una herramienta extremadamente celosa y poderosa, si se acostumbra a la dispersión seguirá el camino inercial, he dicho infinidad de veces que natura no es arrogante, va por la ruta más simple sin atender en lo más mínimo a la moralidad de tal procedimiento ni resultado. Se convierte en crónico en poco tiempo. Vuelve a un estado de concentración razonable si se trabaja con él. ¿Pero para qué torcer algo si podemos hacerlo derecho de entrada? La arrogancia solo está en los mecanismos conscientes que litigan con los otros, los más ocultos.

El puntero lo movemos con la música desde el mismo embarazo. Si la madre posee un entrenamiento adecuado hará que su niño recorra diferentes instancias de su puntero y que jerarquice determinados objetos por sobre otros, fragmentos melódicos, por ejemplo, en las notas que más se amoldan al estado fetal, ninguna ciencia es lo que estoy diciendo, es solo una madre que cante y que haga algo de música sin abarrotar al pobre crío con datos y recursos que vuelven loco al puntero y que además lo realice en las tesituras correctas de la primera edad. Apresurémonos a decir que el despertar del puntero requiere cierto estado de "locura", en el sentido de profusión, es evidente porque siempre fue así, pero hay una anotación que no podemos perder, hace miles de años la intensidad y variedad de ruido ambiente así como los objetos dispersivos eran mucho menores en calidad y cantidad que los dados actualmente aún en lugares no muy populosos. Esto por un lado. Por el otro, una acción positiva en favor del puntero, su entrenamiento consciente, es lo que no hacemos. Y resulta la diferencia entre una persona potencialmente atenta a una persona potencialmente no atenta. Todo confabula para que tengamos altas probabilidades de dispersión en nuestros niños. Remarquemos, no trabajar el puntero razonablemente sumado a un marco sonoro severamente variado implica una base óptima para la desconcentración crónica. Si no alteramos tal ecuación, el cerebro no parece inmutarse con los procesos que a nosotros nos conmocionan, no son palabras, cualquiera que analice cómo se comporta advertirá que es así. Si fuera de otra manera, no tendríamos dificultades en prestar a atención cuando nos viniera en ganas, y, francamente, estamos lejos de eso. Digo que el cerebro no posee ningún interés en estar más atento o menos atento, su interés no pasa por allí, él se acomoda a cualquier esquema dentro de la atención y de no mediar trabajo específico sigue en ese mismo sentido, como un burro acostumbrado a que lo guíen. Se puede comprobar con extrema facilidad. El gran problema es que este burro necesita de tiempo para reencausarse, puede mejorar y en buenos niveles pero volvemos a lo mismo, para qué malgastar recursos intelectuales, físicos y humanos si podíamos haber generado las mejoras anticipadamente. Si ulteriormente la persona es dispersa se trazarán estrategias de reparación pero serán menos en comparación con no haber hecho nada, que es nuestra situación actual. Hasta resulta tragicómico que, en la era en la que apareció el súbito interés por la atención, la escuela no gire en torno de requerimientos cerebrales y lo siga haciendo con aquello que en cinco minutos se encuentra en la red. Contrasentidos de una cultura que no se atreve a abandonar el bastón de los datos, como si el saber fechas, anécdotas, o aún fórmulas, de memoria asegurara algún lugar preferencial en cierto olimpo que se cae a pedazos por el peso de otras realidades. Nadie prefiere datos a estar bien con su cerebro. Podría poseer

ambos pero para ello hay que comenzar por lo segundo y además mantenerlo como línea educativa durante todo el período de estudios formales.

Volvamos a las ejercitaciones y entrenamientos del puntero. Queda claro que toda música lo ejercita porque esa es una de las funciones de nuestra querida disciplina. Pero no todas son igualmente efectivas en lo cuantitativo, nos entrenan pero no lo suficiente. De allí la imperiosa necesidad de generar materiales adecuados, en los que no haya que retocar ni adaptar, simplemente emplear con las lógicas modificaciones, o no, que podríamos efectuar con cualquier otro material didáctico. El manejo inteligente de los timbres es un elemento significativo para la actividad del puntero. Pero no como lo conocemos en las escuelas colorísticas, aquí no es requerido ese criterio, salvo en trabajos específicos y de excepción, el niño necesita de una tímbrica, además de pura, estable. Que alguien preste atención al cambio reiterado no es novedad, eso ya lo hace el disperso, no pretendemos acentuarlo. No aspiramos a que el puntero haga gimnasia sino a encausarlo hacia un mayor grado de permanencia en un determinado objeto. Siguiendo con la figura, podemos decir que el disperso tiene un puntero con exceso de gimnasia. Ahora hay que aquietarlo y llevarlo a que se ubique por más tiempo en la zona de interés.

Que un niño escuche con meridiana claridad una melodía de su agrado es un paso en el sentido correcto para la afirmación de su puntero. Más marcado aún si canta esa melodía sobre la melodía que escucha. En ambos casos el puntero se posa sobre un objeto: la melodía. Pero la melodía entendida como un conjunto apto para el objetivo, no da lo mismo cualquier cosa. Si el niño espera momentos particulares, ello colabora en afirmar su nivel de atención. La melodía debe hallarse en un contexto que la exhiba en plenitud para el trabajo cerebral. No me refiero a plenitud musical en su sentido corriente, ya que ello nos llevaría a orquestaciones y procedimientos que no son los que estamos requiriendo.

Dijimos que la melodía oculta era un buen camino así como lo pertinente a la intercalación de intervenciones y el canto directo. El ensayo es otra poderosa clave. Un área poco visible y de un valor literalmente único. Es uno de los pocos casos reales y profundos en los que podemos decirle a un aula llena de niños: No, no, ustedes deben escuchar este sonido y luego este otro para poder dar la entrada correcta, estén atentos a ello. Sí, dicho aquí, y así, lo entendemos como nunca antes lo habíamos hecho, ¿verdad? Falta pautarlo y tomarlo en serio. Es gracioso porque si es así quedaría el ensayo con una importancia muy diferente a la de su cometido externo. ¿Es así? ¿Usted qué opina? Entramos en un período de ensayos de media hora, reclamamos atención a muchísimos niños, la obtenemos placenteramente por parte de ellos, y corroboramos que es cierto por los resultados obtenidos, ¿no le parece que hemos actuado directamente sobre la atención? No puede haber dudas de ello. La atención, fue comentado, tiene un gran disparador que es la motivación. En este caso estaban fuertemente motivados. Nuevamente la música dando claras respuestas. Cuando se trata de entrenamiento cerebral, la música es figurita repetida, aparece en todas partes. Para eso está, no es una coincidencia.

¿Y el niño solo en su casa cómo puede ejercitarse? El primer conjunto de pasos es aportarle un ambiente con decenas de cantos infantiles educativos, llevarlo netamente a ese terreno. Luego un validador de material que puede ser la maestra o la madre. Pasarán buenos momentos cantando juntos y dando explicación a las letras de las canciones y

realizando ciertas dinámicas como las mencionadas, agregaremos otras. El cerebro, su zona consciente, no debe sentir ni inferioridad ni reproche, si aparecen tales elementos demos por seguro que hay fracaso en la actividad. Como juego, así como con desinterés, marcar mejor los colores de las voces, las pronunciaciones, las esperas. Volver una y otra vez a cantar y trabajar con las obras, que sea periódico. Los beneficios no tardarán en mostrarse en todo su esplendor. No es magia. Es trabajo sobre materiales preparados para los citados objetivos. Si usted hace pesas tendrá mayor masa muscular y si en vez de pesas levanta cajas de fósforos pues no aumentará su masa muscular por más que lo crea y se empeñe en ello. Reiteremos, el primer logro es armar un ambiente de cantos. Esto además de decenas de textos que beneficiarán al niño emotiva e intelectualmente, en vez de cantar el argumento de los adultos canta cosas de su mundo diseñadas para su mundo. Queda mal que digamos que las diferencias, por lo groseras, son abismales, pero lo decimos. Tampoco olvidamos ni por un instante al niño solo que no tiene familia que colabore con él. Allí los maestros deben tratar de que un dispositivo móvil llegue a sus manos y que, preferentemente, tenga una aplicación para karaoke. Ese niño con su dispositivo y cantando mientras escucha la música y ve desfilar el texto en pantalla puede experimentar un crecimiento estupendo. Debemos proponernos esas metas, hay que intentarlo. Puede ser solidaridad pero es ante todo una obligación, este solo punto merecería la consideración de la sociedad en su conjunto; fácil es dar al que tiene.

Uno de los problemas de la comprensión para poner en marcha soluciones más profundas es que la música se parece a la música. No hay externamente cambios sustanciales de calidad. Nos tienta con su atávico atractivo y eso nos confunde. Estoy diciendo que una persona puede plantearse algo así: pero si los cantos infantiles educativos son parecidos a las canciones, finalmente, son canciones, qué me impide emplear otras canciones. Eso es. Estamos confundidos. Los parecidos son solo eso. Una música cualquiera se parece a otra música cualquiera porque ambas lo son pero sus efectos estructurales, que de eso hemos estado hablando todo el tiempo, no son los mismos, o digamos mejor, lo son pero en diverso grado de profundidad. La suma de detalles imperceptibles, y de los otros, termina siendo la diferencia que no vemos a primera vista. Si una música es capaz de entrenarnos porque vemos resultados a mediano plazo y otra no, por algo será, es evidente que debe haber algo que marque las diferencias. El único modo de construir estable es yendo por la vereda de la naturaleza. Por otro lado, el mundo no tiene mayor experiencia de estas cuestiones, la música rara vez se cultivó como garante de una mejor cerebralidad, siempre se la ha enfocado desde su andamiaje físico y técnico. Esa música es la que nos acompaña desde siempre y produce los resultados que todos vemos, somos su producto. Si necesitamos más resultados y además más expuestos (por el motivo que fuera), resulta claro que esa no es la solución. Salvo que usted mienta en la premisa o que la música sea un adorno más de la cultura, absolutamente facultativo. Por el estadio en que nos encontramos es probable que tengamos más músculos dentro de unos miles años pero si los necesitáramos antes deberíamos hacer trabajo específico para obtenerlos. Si la humanidad tiene un grado equis de atención y requiriera mayor dosis en cantidad y calidad, debería salir a buscarla con ejercitaciones especiales, clamando al cielo o teniendo buena voluntad o doctos tratados que desvíen el tema central no lo logrará. No es tan difícil de entender pero en los hechos resulta lo opuesto.

Prestar atención no es sinónimo de estar callado y quieto realizando una tarea. Eso puede ser parte o no de un proceso de atención. La medimos por resultados de trayectoria, de calidad de vida. Entrenarla implica romper con los valores vegetativos que cada cual posee. Ese romper debe ser elevado, no se destruye la inercia con la misma fuerza que la impulsa. El granito de arena no sirve, hacen falta camiones y camiones de arena, de lo contrario la atención no se ejercitará como corresponde o lo hará pero con exiguos resultados. Para estar concentrados y que todo sume, es decir, que no existan efectos secundarios como malestar por estrés, dolores de cabeza o lo que sea, hay que tener un entrenamiento que le sobre a las cuestiones básicas. Es como un atleta entrenado exactamente para cien metros, no hay que ser un genio para saber de antemano que padecerá fatigas diversas. Si su entrenamiento es para muchos metros más, entonces podremos comenzar a hablar seriamente de que gane alguna carrera llegando cansado normalmente y no en un estado poco menos que deplorable. Si me concentro y escribo un libro que se lleva realmente mi salud, no hay chiste, eso no sirve para nada, educativamente es un fiasco. Necesito más profundidad para tener más resto. Está bien que estos ejemplos son unívocos y que el escribir o el hacer cualquier cosa requieren de varios factores concurrentes pero damos por hecho que los demás se mantienen y que el cambio es el valor de la atención. Por otro lado, pretendemos lo aditivo, los ejemplos nos ayudan a ubicarnos en el punto.

Nos asombramos tal vez al leer estas líneas pero lo hacemos de nuevos ricos que somos, jamás la escuela se ha plantado firmemente alegando que lo primero era salvaguardar el cerebro. Muy por el contrario, creyó y cree que los datos salvaguardan el cerebro, eso en el mejor de los casos de escuelas bien intencionadas. Falsísimo. Simplemente, no es así como funcionamos. Pero funcionó. No. Lo que ocurrió es otra cosa. Podemos absorber ese error porque nuestro rango de tolerancia en cuestiones estructurales cerebrales lo permite, no por un éxito pedagógico. Lo hay, los hay. Me refiero a lo estructural. Digo que no vamos por la línea directamente natural sino que arribamos o nos sumamos a ella por una vía indirecta y harto más larga. Si un niño posee un excelente hardware tendrá menos dificultades en registrar datos de cualquier índole. Más que éxito pedagógico hay éxito didáctico, y nos confundimos. Salvo que usted vea muy eficientes a las personas aún muy eficientes que andan por el mundo. Con una educación más profunda, cerebralmente hablando, tendríamos la eficacia de los hoy muy eficaces pero en los eslabones más débiles de la sociedad. Mientras la educación se base en datos, estamos condenados a lo vegetativo y un pequeño plus.

Cambio de paradigma educativo. Allí la idea. Una educación que entrene siempre, permanentemente, como objetivo indeclinable, la memoria a corto plazo, la atención y en lo social, los valores, no tiene competencia con nada de lo conocido. Solo observemos qué nos alimenta cuando enseñamos la regla de tres simple. Les damos un problema, otro problema y al tercero ya complicamos el discurso porque alguien nos metió en la cabecita que debíamos complicarlo para que el niño dedujera que no es lo accesorio lo que importa sino la estructura. ¿Y? Los resultados son visibles. El común de los mortales tiene dificultades en matemática. De tan talentosos que somos para complicar hemos generados millones de inútiles que no pueden dividir. Y sin embargo el hombre natural no solo divide sino que realiza cálculos bastante elaborados. Hemos gastado la enorme fortuna que heredamos y encima estamos orgullosos. El surco que sigue natura es distinto. Ella insiste con lo mismo

siempre y el éxito aparece por la confianza en el sistema. En educación, al menos, y creo que es evidente, es lo que propongo, debemos transitar mucho tiempo con problemas de simplicidad extrema, que muestren concretamente la regla de tres sin los estúpidos disfraces que le fabricamos. Luego de un buen tiempo, el niño no solo estará en condiciones de complicaciones agudas sino que podrá decidir críticamente si tales complicaciones son o no procedentes. Si no fuera así, ¿para qué nos matamos haciendo escalas elementales cuando ya somos ultra profesionales? Porque esas escalas básicas, elementales, sencillísimas, nos aseguran la mayor depuración técnica de todas. Solo por eso. Y no acepto la burda idea de "eso ocurre con la música solamente y no es significativamente un dato para traspolar". Es cierto que esa vuelta "a lo sencillo" previamente fue regada con construcciones de severa complejidad, pero, cuando la persona resulta con ciertas dotes, esos tiempos anteriores fueron lentos, con mucha reiteración de lo estructural. Es como si una de las disciplinas más notables de todos los tiempos ahora no pudiera erigirse en ejemplo. Pero hay más. También en baile clásico se procede de esa manera y los grandes actores y oradores proceden de esa manera. Alguien miente.

Permanencia en las ejercitaciones y entrenamientos. Si tuviéramos mil ejercicios de atención, ¿qué cree usted que haría nuestro docente estrella? Primero los ordenaría por dificultad. Luego asignaría tantos ejercicios por mes como para que entre una buena cantidad en tiempos razonables del ciclo lectivo. Y en todos los casos creería que el grado de dificultad se relaciona con el grado de eficacia en el niño, de hecho es lo que subyace, de lo contrario no lo haría; hace más y además cada vez más complejo porque está convencido de que otro tanto ocurrirá con el niño, si hoy sabe cinco, pues mañana sabrá siete. Nunca se le ocurrió que la complejidad podría venir del mismo niño por la confianza de haber transitado buen tiempo lo mismo, que no es otra cosa que ir arribando paulatinamente a zonas más profundas de ese conocimiento, más estructural. O llegamos a lo profundo variando externamente los problemas o lo profundo es un resultado de una reiteración del mismo problema que el cerebro cada vez puede ver mejor. Estamos años con la misma persona, decimos lo mismo casi siempre, tenemos las mismas respuestas y actitudes casi siempre, y sin embargo, en ese mundillo infinitesimal, encontramos nuevas betas, nuevas motivaciones, nuevas interpretaciones de lo mismo. Beethoven, un incuestionable, se cansó de mostrarnos que la repetición produce una renovación permanente de material varias veces superior que cualquier otro procedimiento. Todo es así menos la educación. ¡Qué curioso! Si el mundo estuviera plagado de talentos, me retractaría pero, será por viejo tonto, no veo nada de eso, lo que sí observo son personas a las que les cuesta pensar por sí mismas, razonar las cosas, el mundo, todo, eso sí lo veo. Pero a nuestro docente estrella, "lo mismo" le suena como "no progresa", como la actitud de quien no desea crecer. Y nada de eso, estamos planteando una cuestión metodológica, esto es técnica educativa. Especulemos un poco, es gratis. Tomemos dos niños, uno al que le damos problemas básicos pero directos, "tengo tres metros de soga, si compro dos metros, cuántos metros tendré en total", y otro al que le damos los mismos problemas pero soberanamente recargados. ¿Qué cree usted que ocurrirá dentro de un año? No busquemos palabras o justificaciones porque el grueso de los niños educados por la primera idea estará más cerca de la estructura que el segundo grupo que aún estará tratando de resolver los entreveros parciales y extemporáneos de los planteos. Les servirá para la vida, decimos. Perdón, ¿cuál vida? Creo ser un tipo bastante desenvuelto en la resolución de problemas como rotura de paredes, de canillas, de piletas, es decir, de los arreglos de una casa, y en ese ambiente jamás vi que alguien

complicara un problema para resolverlo, al revés se hacen croquis y maquetas a cual más simple y elemental para hallar las soluciones correctas, tampoco he visto que los supuestos grandes razonadores aventajen a los que repiten siempre lo mismo, en serio y lo juro solemnemente, lo que he visto es lo contrario. Por otro lado, nadie dice que evitemos las complicaciones, simplemente que no las activemos antes de tiempo. Yo pregunto, ¿en dónde está el pi, en el círculo que hace un nene de cuatro años en el piso o en el 3,14? ¿Qué duda puede haber que el número lo que hace es resumir un proceso complejo! Ninguna. Se puede demostrar con grupos numerosos de niños de cuatro y cinco la realidad de pi, ellos mismos toman una cuerda (con longitudes diferentes), hacen el círculo y luego con otra cuerda que ocupa el diámetro recorren la circunferencia para ver cuántas veces entra. Eso es pi, el hecho sobre tablas, contante y sonante, después vendrán las especulaciones de su calculado numérico pero pi está en ese piso recreado por esos niños.

Depurarla, mejorarla, potenciarla, no requiere de incrementalidad sino de persistencia en las ejercitaciones, nadie hará un torneo de atención. La atención es eso que está ahí y que todos los humanos denominamos "atención", para ejercitarla necesitamos materiales apropiados y una guía que nos convoque a su realización. Cuando llevamos meses y meses trabajando con esquemas sencillos, como los ya enumerados en este documento, el cerebro solito está en condiciones de hacer cosas "más complejas", el uno y el dos lo llevan inexorablemente al tres y al cuatro. También podemos hacerlas, las complejas, pero a su tiempo. No estamos desesperados por ver quién llega antes sino por recorrer una explanada que es de toda la vida. Antes que competidores deseamos niños en paz y felices. Suena un tanto bucólica la imagen pero es real.

Yendo al día a día del aula, lo aconsejable es que el educador posea un set de cantos para todo el año (más allá de que sobre la marcha pueda quitar o agregar elementos), entonces podrá trazar una estrategia, además de lo educativo en sí, clara para la ejercitación del puntero. Desde el comienzo tomará las decisiones cuestión de hacerse el tiempo para reelaborar materiales, si bien no lleva más de un rato armar la secuencia, sobre el midi preexistente, para desarrollar la dinámica de la melodía oculta u otras similares, hay que tenerlo en cuenta para no surgir con ello a último momento. Debe etiquetar todo el material especial (el dirigido al cerebro) y en lo posible comentarlo, de este modo él mismo habrá de progresar fortaleciendo lo que sale bien y descartando u observando aquello que no parece dar buenos resultados. No es difícil si se es ordenado y sistemático. Todo se aprende.

Una práctica confiable, la dejé como último caso, para la ejercitación de la atención en general y del puntero en particular la tenemos con Ces. Mi idea no es mezclar mis propuestas porque podría resultar algo farragoso, pero sucintamente digamos que Ces (Canto en silencio, mi libro de 2005) es interesante para ser intercalado regularmente en los ejercicios. Aquí doy solo una dinámica orientativa. Si es posible sentados, comenzamos a cantar la canción todos. Con indicación mediante, de golpe todo es silencio, el reproductor se silencia pero se deja que siga corriendo la secuencia, los niños seguirán cantando hacia adentro, en silencio, tal como lo harían normalmente. A los pocos compases, con indicación mediante, aparece nuevamente el sonido. Muchos estarán en tempo y otros no, ese no es el punto. Se amoldarán y la canción seguirá cantándose hasta el final. Ese intervalo de silencio permite que la atención se extreme en niveles importantes, una cosa es leerlo y otra vivirlo en el aula cuando repentinamente hay silencio. Para evitar que la clase se desmadre por

bromas o risas a causa de la cesación de sonido, los interregnos deben ser breves, la atención está asegurada. Desde luego que es una dinámica recomendada para madre e hijo, el docente deberá enseñarla.

Además de los cantos debe recordarse el teatro infantil y el tan olvidado de títeres (y pensar que un títere se hace con lo que venga, una sutileza humana absurdamente dejada de lado). En los cantos figura una idea general sobre la implementación de ese material como obra de teatro, casi todos se prestan a ello. El teatro breve infantil educativo y el de títeres son estupendos para la ejercitación del puntero de atención. Aquí, como en todo nuestro trabajo, señalamos al ciento por ciento de los niños, en lo personal me importa un rábano que haya niños que actúen mejor o peor, todos deben hacerlo, educamos niños y cada uno tiene el mismo derecho que otro, no somos ni selectores ni sensores, solo educadores. Dejemos para los delirantes las extensas selecciones y doctas observaciones sobre "el más apto", para este autor todos son aptos, todos son niños, todos la misma bendición. A la escuela vamos para mejorar al hombre y a la sociedad, no para ver quién se luce más o si la elección del maestro fue acertada.

El puntero de atención y el canto infantil educativo. Es lo que hemos repasado en este opúsculo. En todo momento el deseo de hacer al niño todo el bien posible, todo el tiempo posible, tal como reza una de mis primeras divisas de trabajo y que he tratado de honrar siempre. Es inútil plantear una educación del dateo, ya lo sabemos, lo poseen las computadoras mil veces mejor que nosotros y además con bello aspecto. El compromiso del humano educador con el humano a educar es el de proteger y ayudar a ennoblecer el cerebro dentro de un marco de paz, justicia y democracia. El resto ya lo conocemos y es reproducible fácilmente por la inteligencia artificial que será en pocos años la que gobierne realmente. Esto no quiere decir que abduquemos de los datos, yo mismo soy un fuerte impulsor de ellos y en muchos casos anticipadamente con técnicas preparatorias, lo que he denominado "creación del ambiente" (son conocimientos, no la industria del dato a la que me refiero cuando hablo de dateo), simplemente pretende colocar en un orden las prioridades educativas reales. Hablamos mucho, meras palabras para la tribuna, de que los trabajos del futuro requerirán esto y lo de más allá, se está estresando a la gente de un modo cruel e innecesario, si millones no quieren, pues no ocurrirá o lo hará en los tiempos en que la mayoría activa lo determine; lo primero es la vida digna y plena. Por otro lado, en no más de tres décadas, buena parte de los trabajos serán realizado por aparatos y el humano tendrá otros roles, ya me extendí sobre el particular en otro documento. Hacerle creer a los habitantes actuales cosas para que ellos mismos fabriquen inductivamente el futuro es una técnica nazi vomitiva, típica de lo bajo, de lo sucio, de lo peor de lo humano. Piense, lector, si un empresario de pacotilla está dispuesto a matar a quien sea por vender un producto más, ¿cree que está en condiciones de dar cátedra de moral alegando que el futuro que nos espera es maravilloso y pródigo si hacemos lo que el sistema dice? Sigamos educando sin nervios, sin apuros, como corresponde, sin presiones, sin límites cognitivos, tratando de dotar al cerebro de lo mejor que tengamos hasta ese momento y el futuro vendrá porque, después de todo, ese es su oficio: siempre está viniendo.

Pero, fue remarcado reiteradamente, nada en el universo de la atención se mejora sin una férrea posición de educación permanente. Pensar que solo, porque hacemos unas reflexiones con ella, la estudiamos y sentimos que nos esforzamos, llegará el crecimiento

de los niños es seguir en lo ineficaz. La autosatisfacción es el enemigo más poderoso que tiene el docente: busca por internet días enteros, acude a bibliotecas, cursos de extensión, conferencias, encuentros... y queda rendido. Y ya está. No traslada nada al aula. ¡Intento mejorarme! Dice alborotado. No, intenta autosatisfacerse, eso no es mejorarse. La mejora es concreta, implica básicamente el coraje de estudiar cinco y llevar cinco a la escuela. La educación no se realiza en el living sino en el aula, ese es el punto de encuentro. Faltar a la cita no es de buen educador.

Discusión. Frente a la aparición de mis materiales que abiertamente planteaban la imperiosa necesidad de una seria ejercitación cerebral en la escuela, además de inquietudes personales que ya me advertía de la situación, comencé a recibir correos de educadores que decían entender la propuesta pero que no se atrevían a realizar prácticas sistemáticas con ella, sí un empleo corriente del material (digamos: los cantos son para cantar); uno de los alegatos concurrentes era el temor a invadir otras áreas. Claro, no fueron miles pero sí los suficientes para irritarme en grado superlativo, desde luego que no con los colegas sino con lo que el sistema hizo para poseyeran semejante dosis de aprensión, como si los conocimientos tuvieran dueño. Si usted ayuda a un cardíaco en la vía pública y le salva la vida no creo que pudiera llamarse ejercicio ilegal de la medicina. Son espontaneidades que ocurren en todos los campos. Cuando hablamos, y allí el tema, de atención (y otros pero aquí solo nos limitamos a ella) en modo alguno estamos usurpando ningún territorio, la mejora en la atención es inherente al sistema educativo. La atención humana es un objeto de la educación común. Si no es posible profundizar la herramienta que el niño necesita para aprender son soltura, me quedo sin argumentos respecto de qué cosa podría ser la educación. Si en estos puntos no estamos de acuerdo, de ahí en más no escucho ninguna razón. Ponemos lo más posible para que los niños superen de modo permanente sus niveles de atención. Pero ello no puede ser solamente declamación, requiere acción concreta, técnicas que lleven a que los niños mejoren la atención en el plano concreto. Ahora más a la discusión. No importa, a los efectos educativos, y sobre todo para la comprensión operativa que debemos poseer para educar, cuántas neuronas o redes neuronales o catetos mayores tengamos, los números no educan. Solo impresionan y seducen un poco a quienes gustan de las estadísticas. El tedio actual, una moda insólita, es que los divulgadores dan cifras hasta el cansancio, tal vez con la peregrina idea de quedar como talentosos investigadores, no lo sé ni me ocupa el punto. Pero a eso se dedican. Ejemplos torpes y números sumado a un halo de misterio. Nadie duda de su veracidad e importancia para la ciencia, lo que no queda claro es el para qué hacer poco menos que un circo romano con ello. Complicar para dividir y además porque esa es la verdad no convence a nadie. La verdad es un valor peligroso si se emplea de modo inadecuado, puedo decir que hay varios tipos de atención y que depende del momento la intervención de uno u otro, complicando las cosas a tal extremo que deje sin aliento al educador más avezado. Durante miles de años hemos observado, porque además la literatura alude claramente a ello, el desenvolvimiento de la atención y particularmente a su clímax o foco, para mi trabajo, "puntero" o "puntero de atención", es decir, el núcleo mismo de la atención. Supongamos por un momento que aparece alguien que dice que la atención es como un cono de sombra y la atención máxima está representada por un spot que ilumina selectivamente el cono. Y que con ese presupuesto haya diseñado materiales que una vez empleados, acompañados de recomendaciones taxativas, resulten eficaces. Y supongamos también que el cono de sombra en realidad está dividido en varias especies de sombra, s1, s2, s3, y que por otra parte esas sombras

interactúan con el puntero y entre ellas dependiendo de las intensidades de los estímulos motivacionales (motivación, para el barrio). Pero, fue dicho, sin apelar a ninguna otra división, los niños resultaron beneficiados por ejercicios aportados por educadores que captaron la idea, esa idea binaria de cono y puntero. ¿Y entonces? Entonces hay dos paralelas, una es la de la verdad de alta resolución, la otra, una verdad de aula que se verifica todos los días con miles de niños. ¿Quién tiene razón? Todo va en los grados necesarios de operatividad. Para sacar una foto familiar, usted dispone de una cámara que tiene un grado de resolución como para que no se vea ni borrosa ni registre microorganismos. Cada cosa en su lugar y nos entenderemos mejor, esto recién comienza. Dejemos que los testigos de la creación sigan describiéndola mientras nosotros educamos. Lo maravilloso es que les educamos a sus hijos, dicho lealmente, sin ironías. Ambas ramas son imprescindibles, nadie dice aquí lo contrario, pero una no puede imponerse ciegamente sobre la otra. No son la misma cosa, persiguen lejanamente lo mismo pero la educación no funciona con ningún lejanamente, es un problema de tiempos, el niño de cuatro me espera en el aula hoy para que lo eduque hoy. Acepto, porque me siento un demócrata, que muchos educadores no deseen transitar los caminos del cerebro, no lo comparto en lo más mínimo pero lo entiendo. También entiendo con dientes apretados que un docente de música esté como un perrito faldero para ver quién le tira algún huesito metodológico o una canción salvadora para superar una semana más, pero, francamente, es reprobable. Esa es una realidad de millones, al educador musical le hicieron creer que primero era la música y el "arte" y luego lo demás; una falacia absoluta, nunca en educación hay un valor por sobre el niño. La música, en el sentido pequeño que en este apartado le doy, es la excusa para educar, nada más. Tanta aversión por la educación y querer salvarse solo, haciendo clases que no sirven para nada o de muy poco, carentes de un significado pedagógico profundo y sin tener como norte la calidad de vida de los niños. Hay mucha docencia en el mundo que va a "educar" para elevar solo la calidad de vida propia, total "todo está podrido, ¿qué podría aportar yo?, se pregunta estúpidamente". Puede aportar decenas de contenidos comprometidos y sin poner en riesgo el pellejo, solo tiene que replantearse la educación y estudiar más. Apropiarse de la idea de hacer al niño todo el bien posible, todo el tiempo posible. Pero aun así, muchos se negarán, cada cual con su naturaleza, pero, si es su caso, al menos no obstaculice a los demás, difunda en la medida de lo posible la buena metodología y los valores.